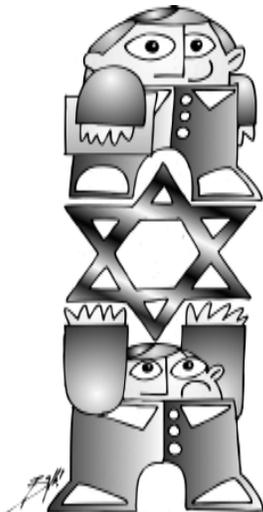


la educación en el Mundo



EDUCACIÓN Y CONSTRUCCIÓN NACIONAL EN ISRAEL

YITZHAK KASHTI

UNIVERSIDAD DE TELAVID



Mundo

Desde finales del siglo XIX, la construcción de la nacionalidad y la adaptación a la modernidad han jugado un papel determinante en el sistema educativo de Israel.

Nacionalidad, Modernidad y diferenciación

cultural en la educación hebrea

Bajo el dominio británico en Palestina (1918-1948) no existía una educación obligatoria. Pero la población judía, que al final del período era de unas 600 mil personas, hizo uso pleno de las oportunidades existentes. Casi el 90% de los niños completaba el octavo grado. La escuela elemental hebrea lideró un proceso revolucionario de socialización, que creó al nuevo ciudadano israelí, un hebreoparlante a quien el uso de la lengua nativa como idioma educacional proporcionó su identidad personal y nacional. Sin embargo, estos pasos dejaron atrás a buena

parte de los estudiantes –particularmente los origen oriental– aunque la mayor parte de ellos permaneciera en la escuela entre uno y tres años.

Las olas de inmigración masiva al final de la década de 1940 y durante los años cincuenta (provenientes de Europa y, en mayor número aún, de países islámicos) de alguna manera desajustaron el entonces llamado “equilibrio cultural”, que se basaba sobre la orientación hacia un futuro colectivo y sobre recompensas simbólicas e ideológicas. La casi mítica idea de una generación joven, que surgía de la escuela hebrea envuelta en un aura utópica, no alcanzó a compensar al paulatino alejamiento de los nuevos inmigrantes y las dificultades cotidianas de su vida en un país de frontera. La escuela no lograba que los inmigrantes jóvenes y sus hijos de países musulmanes adoptaran la identidad e ideología “requeridas”; así lo comprobaba su reticencia a adoptar el hebreo como “lengua materna”.

La reforma educativa de 1968 introdujo cambios importantes. Si hasta entonces el énfasis había recaído sobre los ideales pioneros (como decir el trabajo de la tierra dentro de un esquema colectivo), a partir de los años sesenta el futuro nacional se apoyaría sobre la construcción de una industria moderna y el dominio de

las nuevas tecnologías, lo cual hacía aún más necesaria la educación, particularmente la del nivel secundario. La fe en la ciencia y en la educación, incluyendo la creencia de que es posible superar la carga del pasado (descrita ahora como “desventaja cultural”) por medio de “programas compensatorios”, se combinó con la visión sionista de un Estado benefactor, según el modelo europeo en boga.

La universalización de la escuela secundaria y el intento de integrar los diversos tipos de migrantes reflejaron el concepto de “modernidad” hacia finales de los sesenta. No obstante, estos mensajes fueron ambiguos. Por una parte, abogaban por el encuentro entre grupos “fuertes” y “débiles” y por la igualdad en los logros educativos, y, por otra parte, desarrollaron diferentes senderos en la educación vocacional, que dividieron a los estudiantes en dos grupos antagónicos. La sociología de la época aportó conceptos tales como el de “ajuste” para sustentar las medidas enderezadas a la modernización (particularmente para los inmigrantes). La psicología educativa formulaba los requisitos para el cambio de personalidad (del medio oriental al occidental), de pensamiento (de concreto a abstracto) y de actitudes (de satisfacción inmediata a orientación hacia el futuro).

Al calificar a ciertos grupos sociales como “en desventaja”, bajo el influjo de la literatura norteamericana, se les sometía a una tutela que produjo resultados esperados e inesperados. Por un lado, y quizás por primera vez desde la creación del Estado, estos grupos fueron incluidos como parte del “nosotros” en el lenguaje público. Por otro lado, el definir ciertos grupos como “desaventajados” o de “educación compensatoria” ayudó a reafirmar la distancia entre “ellos” y “nosotros”. Con todo, la cobertura de la secundaria aumentó notablemente durante las décadas de 1960 y 1970, de suerte que el bachillerato pasó a ser parte integral del mundo de los jóvenes de origen oriental, así su experiencia escolar estuviera marcada por un sentimiento de discriminación.

Marchas políticas hacia atrás y cambios en la educación

El nuevo gobierno de 1977 prometió seguir una política más “nacional” –y cumplió su promesa-. El “West Bank” se convirtió en Judea y Samaria, y las referencias étnicas fueron suprimidas del discurso público. Simultáneamente, comenzó un proceso deliberado de valorización de personalidades de origen oriental. Por primera vez algunas biografías revelaron que prestantes figuras públicas no habían seguido la ruta usual ni habían

cumplido con la “iniciación” requerida. Muchos de ellos nacieron en Marruecos o Irak, y la mayoría estudió en escuelas locales de Israel. Sin embargo, esta didáctica y esta política nacionalista hicieron que muchas personas de clase media y origen occidental dejaran de ser fieles al régimen. El conflicto se hizo inevitable.

A medida que la situación económica se deterioraba, el gasto social se redujo y las brechas sociales crecieron. Mientras en 1977, el 3% de la población estaba bajo la línea de pobreza, en 1990 esta cifra alcanzó el 19%, constituida especialmente por gentes de origen oriental. Al mismo tiempo, luchas internas en el partido de gobierno empujaron otros sectores a un esquema de minorías étnicas. No se logró la prometida emancipación. Se introdujeron cambios en las escuelas primarias que ostentaban el sello de una orientación religiosa y nacionalista. Los nuevos materiales didácticos –cuya temática incluía las oraciones, las fiestas judías y el holocausto– tenían fuerte énfasis tradicionalista y etnocéntrico. El número de horas dedicadas a estudios judaicos se elevó a 15 de 34 e las escuelas estatales no religiosas. En las escuelas religiosas, las clases eran pequeñas y tendían a ser homogéneas, pero las escuelas públicas laicas, especialmente de las grandes ciudades, eran grandes y heterogéneas, además de disponer de un presupuesto cada vez menor. Así, los cambios en el currículo, combinados con sentimientos de discriminación y privación, despertaron antagonismo entre muchos padres de familia.

En Tel Aviv, bajo la forma de escuelas especiales (“magnet schools”) que adoptaron esquemas experimentales de otros países, se desarrollaron alternativas para disminuir el exagerado énfasis sobre la “concientización judía” y para afrontar las dificultades de las escuelas públicas urbanas. Estas escuelas especiales son selectivas desde el primer curso y promueven los talentos individuales de cada niño, sirviendo de modelo para la renovación del sistema escolar regular.

A partir de los años ochenta, la visión de los políticos se inclinó hacia los regímenes conservadores en términos económicos, sociales y educativos, tendencia reforzada por el colapso mundial del socialismo. El gobierno de izquierda de 1992 no detuvo sino aceleró este proceso. Se importaron ideas de Inglaterra y Estados Unidos sin mucha modificación, tales como la gerencia de la escuela por organizaciones sin ánimo de lucro, de acuerdo con los patrones de manejo de la empresa privada, la escogencia de la escuela por los padres de familia y la autonomía escolar, que gradualmente adquieren el sabor del liberalismo posmoderno, con menor cabida para el “bien público” que para el “bien personal”.

Anotaciones finales

Cuando se fundaron las primeras escuelas en la etapa previa al surgimiento del Estado de Israel, sirvieron como instrumento principal para crear una cultura nacional moderna. Sin embargo, en el desarrollo y expansión de la escuela primaria hebrea apareció, aún bajo el dominio británico, un fenómeno que alcanzó su madurez con la inmigración masiva de mediados del siglo: la delimitación de fronteras entre el patrón cultural que deseaban los educadores y lo que fuera descrito como la cultura de la población “oriental”. Esta distancia cultural se reflejó en un distanciamiento educativo, manifiesto, entre otras cosas, en la diferenciación de los “orientales” y sus más altas tasas de deserción escolar.

Sin embargo, en la década de 1960, la aspiración de unidad y el temor a la división se conjugaron para impulsar un proyecto basado sobre la industrialización, la prosperidad y el cierre de las brechas sociales. Parte integral de este enfoque fue la universalización de la escuela secundaria, que logró involucrar a la mayoría de los jóvenes orientales, aún sin alterar las antiguas relaciones de poder.

En 1977 el gobierno predicó la unificación sobre las bases nacionales, aunque en la práctica fue introduciendo una mayor separación. Los cambios geopolíticos han hecho que la izquierda adopte el neoliberalismo occidental, reflejado en la competencia económica irrestricta y en el separatismo social y cultural. La política educativa está en la misma línea, que por eso tiende a ampliar las brechas económicas y sociales de Israel.

Sin embargo, debe recordarse que la apertura educativa tiene que estar subordinada a la responsabilidad estatal de proporcionar educación adecuada a todos los ciudadanos, y de evitar que las escuelas se conviertan en legitimadoras de la desigualdad. Adoptar las pautas de la economía de mercado para un sistema educativo que tiene las complejas tareas de mediar entre culturas y formar identidades, puede conducir a la erosión de los mecanismos de solidaridad y a disminuir la tolerancia, que se requiere siempre, y sobre todo en una sociedad pluralista. Pero hasta ahora se ha prestado poca atención a este asunto (E)

